

Intervención del presidente del PP Pablo Casado

Desayunos Informativos de Europa Press

Madrid, 16 de octubre de 2018

Es muy difícil saludaros a todos y permitidme empezar por los que no pueden estar en este salón, por los que están en los salones anejos, a través de las pantallas de televisión.

Muchísimas gracias por haber querido escuchar lo que el Partido Popular quiere plantear para los próximos años en España, hacerlo en un foro prestigioso como el de Europa Press y, además, hacerlo rodeado del mejor equipo que tiene ahora mismo la política en España, con mis compañeros, con Ana Pastor al frente, con el Gobierno de la Comunidad de Madrid prácticamente al pleno, con los portavoces parlamentarios, con el secretario general, con los vicesecretarios, con los secretarios ejecutivos, con los diputados y senadores, a los que les debo precisamente estar hoy aquí, y permítanme también a todos ustedes, como representantes de la sociedad civil, del mundo de la empresa en unos momentos en los que precisamente, después de cien días de Gobierno, su trabajo, su futuro, sus accionistas y sus trabajadores están siendo puestos en riesgo por la irresponsabilidad de un Gobierno.

Pero me van a permitir, ya que en estos foros hay luego preguntas, que hoy no les hable de la actualidad política. Nos lo prometimos en el Congreso Nacional. Dijimos que no queríamos ser comentaristas de lo que pasa en España sino decir lo que tiene que ocurrir en España. Lo he intentado durante estos tres meses con poco éxito. Yo creo que este es el quinto foro en el que participo.

Es verdad que en alguno me he conseguido separar un poco de esa actualidad. Como uno compite en el formato de decir que en el último, que fue almuerzo, hablé de los principios liberales conservadores que han vertebrado mi vocación política y la labor de nuestro partido.

En uno anteriormente, en formato de noche, conseguí hablar de los cinco bloques de políticas sectoriales que van a vertebrar nuestra acción legislativa esta legislatura en la oposición y también el paquete normativo que vamos a presentar nada más llegar al Gobierno, algo que no sucederá demasiado tarde.

Hoy me quiero sobre elevar algo más y quiero hablar de esa España de los próximos años, del próximo medio siglo que a todos nos empieza a preocupar.

Hoy yo he desayunado con mis hijos. Tienen cuatro y seis años, y yo cuando miraba a mis hijos y sin embargo luego leía la prensa o veía los mensajes que nos estamos cruzando nuestros colaboradores para el Comité Ejecutivo que tendremos

posteriormente, me doy cuenta de que la política está completamente en paralelo a los retos de futuro que debe tener nuestro país y, por cierto, cada vez más perpendicular a lo que otros países están planteando.

Por eso, permítanme que hoy les hable con el corazón, sin ningún tipo de texto prefijado para hablar de lo que yo creo que tienen que basar los anhelos de los políticos en España en las próximas décadas. Si tengo que resumirlo con un concepto es la revolución digital.

No somos conscientes de que estamos viviendo una revolución, como diría Chesterton, "No puedes hacer una revolución para tener la democracia. Debes tener la democracia para hacer una revolución". Hay quien dice que las revoluciones son las que te traen la democracia. Cuando vivimos una, que es la digital, la 4.0 o la cuarta revolución industrial, algunos no somos conscientes desde la política –me consta que muchas empresas sí- de lo que estamos viviendo.

Si tuviera que establecerlo para resumir y ceñirme en estos veinte minutos en un decálogo, lo primero sería la propia industria, la industria que se ha revolucionado y que nos ha dado un paradigma completamente nuevo de vida, de sociedad y también de modelo productivo. Una industria en la que probablemente el icono sea el coche autónomo, el dron o los robots, que cada vez van a estar más presentes en nuestras vidas. Una industria que vuelve a basar, como lo hizo a mediados del siglo XIX con esa primera Revolución Industrial, que duró sesenta años, la del vapor, que tuvo una disrupción brutal en la vida de las personas por siglos, es decir, el paso del campo a la ciudad; o esa segunda Revolución Industrial, la de la electricidad, la de la petroquímica, que duró cincuenta años y que tuvo como disrupción fundamental la creación de la clase media; o esa tercera, más reciente, ésta ya solo ha durado cuarenta años, la de la computación y la informática, que tuvo como disrupción fundamental para el mundo la globalización.

Estamos en la cuarta, la cuarta que, si seguimos este decalaje de los últimos 150 años, puede durar sólo treinta años y de la cual ya llevamos vividos bastantes y en la que España no está ni liderando ni adaptándose. Yo creo que España puede ser esa California de Europa que se adapte a estos cambios y a esta nueva industria, una industria que lo va a cambiar todo y una industria además que, en mi opinión, va a ser la precursora de cambios netamente positivos.

Saben ustedes que en estos debates sociológicos están los pesimistas -seguro que todos han leído a Homo Deus, de Harari, que dice que la revolución digital va a

suponer unas disrupciones que van a ser muy negativas para la empleabilidad, para la sostenibilidad del Estado del Bienestar, en definitiva, creando una desigualdad y una lucha de clases entre los que están dentro de la tecnología y los que no- y están los optimistas –Pinker, Norbert-, son los míos. Son aquellos que piensan que esta revolución va a acercar más a la gente, hacer los procesos laborales mucho más productivos, eficientes y sobre todo conseguir que los políticos levantemos esa bandera para conseguir adaptar las sociedades a los cambios.

El segundo bloque de este decálogo que yo les propongo es el de los cambios en la economía. La economía o la que llaman nueva economía, la nueva economía digital cambia completamente lo que hasta ahora Keynes y Marx habían definido. Marx decía que el individuo iba a ser un apéndice de la máquina. Eso ha cambiado básicamente porque a la máquina ya no le hace falta ese apéndice. Las máquinas a través de la inteligencia artificial, del blockchain, de la computación cuántica, del internet de las cosas ya no necesitan ni siquiera ese apéndice. Lo decía también Keynes en cuanto a la posible disrupción... Lo hizo además en una conferencia muy importante en 1930 en la Residencia de Estudiantes, en la que hablaba precisamente de esas posibles distorsiones entre lo que era una automatización de procesos y las posibles consecuencias negativas en la sociedad.

Creo que eso ahora queda completamente superado por la economía de plataforma, por la nueva economía que a todos afecta, que afecta al mundo de los transportes, al mundo de los hoteles, que afecta al mundo bancario y que en este caso va a tener unas consecuencias muy positivas en la economía mundial. La nueva economía puede acabar con la pobreza en el mundo porque hay países que sin recursos pueden ser potencias tecnológicas, potencias digitales y eso depende también de la labor que hagamos también los políticos.

El tercer punto de lo que quería hablar es las consecuencias en el mercado laboral. Se está hablando mucho de la robotización y de cómo esos robots van a afectar al empleo, y es verdad. La OCDE habla ya de que el 9 % de los empleos en los 21 países de la OCDE son automatizables.

El BBVA Research habla del 38 % de los empleos en España susceptibles de un tipo de automatización. Es la famosa ley de trabajos sucios, monótonos o aburridos, dirty y dangerous, peligrosos, es decir, todo trabajo que sea monótono, que sea peligroso o que sea sucio puede ser automatizado, debe ser automatizado.

Pero frente al pesimismo de los que creen que la robotización va a acabar con el empleo, hay quien pensamos, y para eso también está la política, que hay que adoptar esos empleos y crear unos nuevos. Eso es lo que generalmente ha pasado con las anteriores revoluciones y es lo que tenemos que hacer actualmente. Incluso hay empleos que se estaban perdiendo que se van recuperando.

¿O es que alguien no pensaba que con los correos electrónicos iba a desaparecer la paquetería o la mensajería física? Pues no, el comercio digital ha hecho que ahora mismo no sólo la industria del reparto sino la industria papelera esté en sus máximos de negocio. ¿O es que hay quien pensaba que los porteros de fincas, también por el comercio electrónico, iban a desaparecer? Pues no, se están recuperando. ¿O es que alguien sabía lo que era un oficio como la programación, como los coach, o como todos los vinculados con la Silver Economy de las residencias de mayores o de la gestión hospitalaria? Bueno, ese mercado laboral se tiene que ir adaptando y las cifras están ahí.

Los países más robotizados son los que tienen menos tasa de desempleo. Por tanto, una vez más también desde nuestro país tenemos que abrazar esto sin entrar en unas disquisiciones que son absolutamente inasumibles actualmente. Yo cuando leo el tema de la renta básica universal -aquí en España ya está cifrada en 188.000 millones de euros- parece que es algo poco alcanzable. Estoy seguro de que luego hablaremos de los Presupuestos, que es también lo que hoy interesa. O cuando hablamos del impuesto a los robots habrá quien piense a quién se le pone el impuesto, si a una máquina, a su dueño, al destinatario de su producto... En definitiva, seamos optimistas. Pensemos que esa digitalización, esa tecnología en el mercado laboral también va a ser positiva.

El cuarto punto es la Educación. La Educación es esencial porque, tal y como dice el Foro Económico Mundial, actualmente el 65 % de nuestros hijos van a trabajar en empleos que aún no existen. Por tanto tenemos que recordar esa máxima aristotélica de los peripatéticos, que iban caminando durante su enseñanza para hacer un símil y decir que nuestros hijos o incluso nuestros trabajadores van a tener que ir transitando por distintos oficios y profesiones a lo largo de su vida laboral.

Por esto tenemos que apostar por una Educación por la que nadie está apostando actualmente, la Educación en las STEM, que yo lo llamaría STEAM, las STEM ya saben que son las Science, Technology, Maths and Ingeniery. Yo añado la 'a'. La 'a' también de Arts, es decir, necesitamos que nuestros hijos, además de aprender

matemáticas, ingenierías, programación y en este caso también tecnología, que son las profesiones que se están demandando -según Eurostat casi un millón de profesiones, de puestos de trabajo sin cubrir por falta de capacitación en estas áreas- hay que incluir también lo que son los skills, el hablar en público, la creatividad de los niños. Que puedan dar teatro, que puedan dar también plástica en el colegio como un factor también de empleabilidad.

Solo así conseguirán ser competitivos. Sólo así saldremos de estos debates estériles a veces sobre los modelos educativos que están arrojando a cifras de desempleo absolutamente inasumibles a nuestros jóvenes por falta de adaptación a una revolución que ya ha llegado.

El quinto punto de este decálogo es la sostenibilidad del Estado del bienestar. Yo creo que cuando hablamos de la impresión 3D en materiales flexibles, que está a punto de llegar, sería lo más parecido a un repositorio orgánico del cuerpo humano, es decir, si te falla un órgano va a haber una reposición perfectamente compatible para trasplantártelo a través de la impresión 3D de tu propio órgano; o cuando hablamos de la inteligencia artificial en el diagnóstico médico no hay que irse mucho más allá. Hay aquí alguna empresa que ya está haciendo, como por ejemplo IBM, unos diagnósticos que llegan hasta el 80 %, en Watson, a la hora de coger todo el Big Data de ecografías o de análisis y conseguirlos descifrar para decir exactamente qué quiere decir ese tumor que ha aparecido en el tac que te acaban de hacer.

O cuando hablamos, por ejemplo, de Big Mind. Es una tecnología que sólo con analizar tu retina va a decir en gran medida qué es la enfermedad que estás teniendo; o por ejemplo esa start up de Google, que ya permite en pruebas en algún hospital decirte en la puerta de urgencias por qué estás ingresando, qué tiempo medio tienes y qué es lo que te está pasando; o, sin ir más lejos, a lo que viene a ser la computación cuántica en el desarrollo de terapias genéticas, de manera que las investigaciones para detectar nuevos tumores se pueden acortar exponencialmente en el tiempo; y lo más desasosegante, lo que ya se llama la muerte de la muerte, que a través de inyecciones víricas pueden detectar esos tumores y actuar contra ellos una vez que la secuenciación del genoma ha detectado qué vas a desarrollar y cuánto tiempo, años o décadas, vas a tardar en hacerlo.

Esto suena a ciencia ficción. Nos recuerda como si estuviéramos viendo la película Regreso al futuro, las máquinas de fax volantes, que evidentemente nunca llegaron. No, esto ya ha llegado. La empresa que no está buscando fundraising para implantarse

ya está operando en algunos hospitales privados en Estados Unidos. Eso va a tener una disrupción también para los políticos, para los países, que es una longevidad muy ampliada a corto plazo. Mis hijos, su generación va a vivir más de cien años. Actualmente en Italia hay un debate para bajar la edad de jubilación a 62 años. En España hay partidos que piden que la edad de jubilación no sólo se mantenga en los 67 años que aprobó mi partido la pasada legislatura sino que baje de los 65 y vuelva a ir a las cifras de 60 años.

¿Cómo se sostiene un sistema de pensiones en el que las personas viven cien años y se quiere jubilar a los 60? ¿Cómo se sostiene un sistema sanitario cuando el 75 % del gasto sanitario se produce después de la jubilación en países con longevidades que pueden ser más que centenarias? Eso es un reto que tenemos que hacer. Un reto que evidentemente es positivo, vamos a vivir más. Que también va a tener consecuencias en el mercado laboral –va a hacer falta empleo de atención a las personas que no son sustituibles por robots-, pero evidentemente los políticos deberíamos estar hablando de esto, de cómo hacemos un sistema sanitario eficiente y un sistema de pensiones sostenible.

Como sexto punto del decálogo os diré que hay que competir y convivir ya. Estas tecnologías permiten una mayor conciliación. No sería posible hablar del teletrabajo sin el email, sin las videoconferencias, sin la capacidad de poder modular tu rol laboral, no podríamos hablar de cómo responder a estas longevidades en un invierno demográfico de Europa y de España si no apostamos por la conciliación o no apostamos por la natalidad, que también lo están permitiendo las nuevas tecnologías, es decir, que el impacto positivo también lo estamos viendo a día de hoy.

Pero sobre todo no lo podremos hacer si seguimos en esa rueda del hámster, si seguimos en un punto en el que, como decía Voltaire en Cándido, “Trabajemos y no pensamos, solo así la vida será soportable”. Todo lo contrario. Tenemos que ir a un mundo en el que el razonamiento en el trabajo sustituya a la monotonía, en el que la creatividad o la audacia sustituya a esa alienación del que toda la vida transita sin ningún tipo de ilusión, y en definitiva, en el que los partidos políticos también, las empresas, las universidades y la sociedad civil encabechemos una revolución que ya está aquí, que la estamos viviendo, que Israel lleva 30 años explotando, que la Costa Oeste de Estados Unidos lleva ya 20 años liderando y que ahora oímos cómo en Francia, en Irlanda, en Austria, o en Hungría, o en Eslovaquia, o en Eslovenia están siendo absolutamente ya pioneros en ella.

El séptimo punto, muy relacionado con esto, es la administración pública. La revolución digital va a abaratar tremendamente la administración pública. Uno de los patrocinadores de este foro tiene ya desarrollado un software que es capaz de ahorrar un 30 % los costes de la administración pública a través de tecnologías que en otros sistemas, como el bancario, nadie pone en duda, como el blockchain. ¿O es que el block chain no puede ser registrar y notarial? ¿O es que para un autónomo, querido Lorenzo, un empresario no puede ir desde su casa y hacer todos los trámites para inscribir su empresa con una certificación cifrada punta a punta sin tener que perder dos semanas o dos meses, yendo de ventanilla en ventanilla? ¿O es que las administraciones no pueden ser perfectamente auscultadas, perfectamente observadas desde la inteligencia artificial de procesos en cuanto a su eficiencia, su honestidad y su cumplimiento de objetivos? Pues claro que sí.

La revolución digital también va a afectar a la administración pública y va a afectarla para bien, pero tenemos que empezar a adaptarnos a eso, incluso los políticos. En esa era de desintermediación no sólo afecta a la economía de plataformas de la movilidad, del transporte o las centrales de compras. También va a afectar a la representación política misma. Ya hay en Corea una tecnología que se está poniendo en práctica para hacer voto cifrado de blockchain. Por tanto la base de la democracia, que es el voto, se puede también hacer más tecnológica.

En el octavo punto de este posible decálogo relacionado también con los anteriores -lo intento hacer vinculado- es el de los desafíos que esto entraña. En este caso, los enemigos que pueden surgir por esta excesiva digitalización, y me voy a centrar esencialmente en dos, en el populismo y en el nacionalismo.

El populismo surge por esa nueva lucha de clases y generacional con estas nuevas tecnologías, de manera que las que las clases van a ser la que ya tiene acceso a la tecnología o la que no, o los países que por la robotización han perdido mano de obra en la agricultura o en la fabricación textil y los que no.

Eso ya se ha empezado a ver, por ejemplo, en Estados Unidos. La apelación del presidente estadounidense a esa lucha de clases de los americanos no conectados, a ese proteccionismo comercial frente a los avances de la globalización tiene en parte ya un rasgo de una consecuencia de la revolución digital que en esos países la gente sí es consciente de que se está viviendo. Por tanto el populismo puede emerger también con una especie de ludismo, de odio a la máquina, de intentar evitar el progreso. Ya en el

siglo XVI hubo disrupciones a través de lo que se denominó la ira contra la máquina. Empezó con la Reina Isabel I, tiempos después contra los telares.

Eso lo vivimos incluso nosotros también en la época de los constituyentes de Cádiz, en el que hubo destrozos y hubo manifestaciones de 1000 personas contra los primeros telares que se empezaron a implantar allá por 1830 en España. Siempre ha habido una atracción contra ese progreso. En Estados Unidos lo hubo en 1900, los agricultores se pusieron en pie de guerra contra los tractores en una economía que dependía en un 70% de la agricultura, ahora sólo depende un 3%, pero en Estados Unidos no se ha destruido empleo, todo lo contrario. O pasó también en el Támesis, las salvajes huelgas de los barqueros que transportaban personas frente a los coches de caballos que empezaban a circular. Posteriormente los coches de caballos se empezaron a enfrentar a los coches de vapor, que empezaron a circular también, y al final la conclusión es que no se pueden poner puertas al campo y que tenemos que adaptarnos a las nuevas realidades, y por eso el populismo acaba teniendo unas patas cortas, pero puede tener unos efectos de desestabilización.

También el nacionalismo. He hablado de un proteccionismo comercial, también de un aislacionismo. En el momento en el que la globalización o en el momento en el que todo ya está sujeto también a la propia desintermediación de la información, donde surgen las fake news, donde surgen también esas campañas de desprestigio a través de redes sociales o a través de bots, es cuando surgen también los movimientos que se encierran en uno mismo.

El nacionalismo emerge o vuelve a surgir ahora mismo también al albur de la reacción contra la globalización o a esos los que se llaman perdedores de estas nuevas tecnologías. Por lo tanto también los políticos tenemos que tenerlo muy en cuenta.

Además de las amenazas, en noveno lugar, están las oportunidades, las oportunidades de las nuevas tecnologías, por ejemplo contra el cambio climático. Cada vez más la inteligencia artificial puede detectar cuándo va a haber un terremoto, cuándo va a haber una inundación, y ahora nos acordamos de lo que ha pasado en Baleares. Probablemente no se puede modular, pero sí se puede prevenir con mayor exactitud.

Estas nuevas tecnologías pueden cambiar, como decía anteriormente, no solo en parámetros económicos sino también sociales, los países más desfavorecidos del mundo en cuanto a que a un coste barato pueden empezar a ser punteros en la programación. Eso le pasó a India. India en los años 60 era de los países más pobres

del mundo, los misioneros iban a India, no iban al Congo, y sin embargo, a través de la digitalización y el capitalismo India ha ido saliendo de la pobreza. O, como diría en el último libro Norberg, Progreso, hay 1250 millones de personas que han salido de la pobreza en los últimos 25 años en gran medida por el libre comercio, pero también por la digitalización.

Eso se puede aplicar también a África, las nuevas tecnologías de computación cuántica en la genética pueden ser muy positivas para los nuevos cultivos, resistentes a las plagas y más productivos. Pueden aplicarse en la construcción de ciudades, otra vez más la impresión aditiva ya se ha puesto en práctica, por ejemplo en Italia, un proyecto piloto que ha construido un pueblo íntegramente con la impresión 3D, que es más barata y es más rápida. Eso se puede hacer también en los países con muchos problemas de pobreza.

O sobre todo esa desigualdad de la que hablaba Harari puede también tener un efecto de igualación si permitimos a esos países competir también con los que nos estamos quedando atrás, porque recuerdo que en España actualmente sólo hay un 6% de empresas que se han adaptado a esta revolución digital, cuando teníamos que estar en torno al 30% como otros países.

El último punto del que quiero hablar de estas cuestiones de retos de futuro, para mí absolutamente esenciales, es la frontera que podemos tener también en un mundo cada vez más globalizado y en el que estas nuevas tecnologías se tienen que emplear a la hora de poner barreras a la legislación en cuestiones incluso éticas y morales. Habréis oído hablar de la singularidad, lo dice uno de los fundadores de Google, Kurzweil, en su famoso libro La singularidad está cerca, que cifra esa singularidad, es decir, el momento en el que la máquina va a poder tener la misma capacidad de procesamiento intelectual que el hombre, él lo cifra en el 2045.

Hay incluso quien está hablando del transhumanismo y hay gente invirtiendo muchos millones de dólares en esto, es decir la capacidad de que la mente humana pueda ir a otro soporte, que en este caso sea tecnológico. Lo dejo muy claro, yo no creo ni en la singularidad ni en el transhumanismo. Yo creo que siempre la inteligencia humana va a tener esa empatía, esa afectividad que ninguna máquina va a suplir, pero que sepamos que ese debate ya está y que igual que está el debate de la regulación laboral de los robots, también está el debate de cómo se pueden regular ese tipo de tecnología. Y sobre todo, la percepción de que siempre será el ser humano el que tiene la última palabra, cuánto hemos oído decir esto de qué pasa si un coche autónomo pasa una

persona por una carretera y entonces frena y se mata el conductor, o sigue y mata a la persona.

Es un debate estéril, el coche autónomo hará lo que le diga su programador. Siempre estará el ser humano para estar ahí. Lo que está muy claro es que tenemos que empezar a tener claro, valga la redundancia, que hay que convivir con estas tecnologías.

Yo apuesto por eso, y disculpen la digresión, pero como sé que las preguntas tienen ahora 50 minutos, me preguntarán por los presupuestos, por lo que dicen del Rey los independentistas, por el dichoso procés, por lo que dijo Arnaldo Otegi con Zapatero, por lo que le diré yo a Merkel mañana, o por lo que ustedes pueden pensar que está pasando en el Congreso de los Diputados. Estoy convencido de que eso seguirá basando nuestro día a día, pero intentemos elevarnos de vez en cuando. Intentemos dejar un país mejor a nuestros hijos porque nos lo van a reclamar.

Acabo con esta reflexión, cuando hablamos del Presupuesto y hablamos de un Gobierno que se quiere endeudar más, que quiere subir la deuda, que quiere hipotecar más a nuestros hijos y a nuestros nietos, es un problema cultural y de ausencia de debate en estos parámetros. Nunca una generación había sido tan egoísta como la nuestra. Nunca, jamás una generación había visto bien, había sido popular, se había optado a conseguir más votos por decir que la deuda es buena, que el déficit es bueno, que la no ortodoxia presupuestaria en el fondo es algo popular, cuando sabemos que la van a pagar nuestros nietos y nuestros hijos. Creo que en la famosa fábula de la tribu en la que aquellos cazadores tenían que ir a cazar y eran los sabios, es decir ahora mismo de cualquier edad, los que repartían esa caza, y cuando había una sequía y llegaba menos caza y los sabios decidían que fueran más lejos a cazar, en esa fábula famosa que abrió The Economist hace ya dos años, la solución era drástica, o los cazadores se rebelan contra los sabios o la tribu se extingue.

No podemos exigir más esfuerzos a una economía productiva y como sabios que somos todos, en efecto los que tenemos un trabajo estable, los que ya están jubilados o los niños que aún no tienen ese empleo, en definitiva, yo creo que todos los que estamos aquí tenemos que empezar a velar por el futuro de nuestra sociedad si no queremos que al final nuestros propios hijos nos echen en cara que no habíamos creado una sociedad mejor en la que ellos pudieran vivir.

Yo creo que ese es el enfoque que también quiere el Partido Popular, traducido ahora a la dinámica de la actualidad, eso es lo que se está empezando a hablar en los consejos europeos, en el Foro Económico Mundial, en las universidades. Creo que ese es el reto

que tiene España por delante, podemos ser ese *hub* de innovación, ese *hub* de emprendimiento, ese *hub* que lidere esta revolución digital, y si no lo hacemos, si no surfeamos esa ola corremos el riesgo de que esa ola nos caiga encima una vez más.

Podemos ser por primera vez de los países que las encabece. Ni en las tres revoluciones industriales lo hemos hecho, ni en la incorporación de España a las naciones más desarrolladas del mundo, ni a la Unión Europea. Sólo lo hicimos con la incorporación de España a la zona euro.

Ahora podemos liderar esa transformación y sobre todo podremos hacerlo porque estamos obligados por un respeto a las generaciones que vienen por detrás y que también necesitan que les dejemos una España mejor.

Muchas gracias.